

Una discusión muy antigua sobre la “obra” y el “autor” (el artista y el arte, la sociedad y el intelectual, el individuo y la historia) resuena de nuevo en clave de estos tiempos: disuelto el músculo fuerte del “Sujeto”, disuelta también la ilusión de un “Proyecto” en el que quedaría inscrita la incógnita de todos los avatares de la vida ordinaria de los individuos comunes y corrientes. Así las cosas, nos toca hoy lidiar con la pregunta por las posibilidades del arte como una experiencia en la que los sentidos socialmente contruidos quedan estampados en la creación en límite de la “consciencia” (lúcida u opaca), más allá de propósitos explícitos de la obra cristalizada e independientemente de la “voluntad” del autor. Tendríamos así una suerte de “obra” prima que ha prescindido de la biografía de fecundación, de los vericuetos del acto creativo, de los azares que conducen a la singularidad intranferible del arte.

Un “Proyecto estético” ha sido radicalmente evacuado del imaginario de una Modernidad en crisis. El arte como encarnación de la trascendencia del “Sujeto” creador está fuera de toda posibilidad histórica. La experiencia de “sentir juntos” en la plataforma civilizatoria de una Modernidad “universal” perdió todo chance de legitimar “lo bello”, “lo bueno”, “lo verdadero”. En su lugar, un rabioso relativismo expone al pensamiento en clave de intemperie, interpela al deber desde un radical escepticismo, nombra lo bello en el instante efímero de su intrascendencia. Es a partir de este repertorio de la precariedad existencial y de la fragilidad de los equipamientos epistemológicos como podemos devolver a la experiencia de diálogo su posibilidad de comprensión del significado presente del arte, del artista, de ambos en los derroteros de la sociedad.

En la Modernidad fue llevada al límite la pretensión humana de conocerlo todo, dominarlo todo. La Razón se elevó tan alto como vacío fue quedando toda su armazón valórica. Por ello los Siglos XIX y XX

escenifican tan emblemáticamente el auge y caída de todas las experimentaciones del cuerpo y la palabra (tanto desde el punto de vista de la exploración de la expresividad, como en lo concerniente a las modalidades de intervención de las utilerías tecnológicas). Es el reinado de la Razón Moderna lo que se desploma. La obra de arte es vivida en este largo trayecto como el lado sensible de esta super-racionalidad; pero jamás con independencia de ella.